

Un chalé con vistas

Ángel J. Sáez Rodríguez / IECG

Recibido: 22 de marzo de 2019 / Revisado: 16 de abril de 2019 / Aceptado: 24 de octubre de 2019 / Publicado: 30 de noviembre de 2020

RESUMEN

Entre 1939 y 1945, principalmente, se construyeron 579 elementos defensivos como parte del Sistema Fortificado Contemporáneo del estrecho de Gibraltar. La inmensa mayoría de estos fueron diseñados por los ingenieros militares de la Comisión Técnica de Fortificación de la Costa Sur de manera individualizada y particular para cada caso. Los aspectos más cuidados en la planificación de dichas obras fueron su disposición táctica, su blindaje y su diseño ingenieril, pero no así su mimetización en el paisaje circundante. Unas pocas obras de La Línea de la Concepción se planificaron insertas en edificaciones civiles de su callejero urbano, pero solo una se diseñó usando como camuflaje una casa de recreo de la costa. En ella se centra este estudio.

Palabras clave: Fortín, búnker, mimetismo, camuflaje, Sistema Fortificado Contemporáneo del estrecho de Gibraltar, Muralla del Estrecho.

ABSTRACT

Between 1939 and 1945, 579 bunkers were builded making up the Strait of Gibraltar Contemporary Fortified System. They mainly were designed by the military engineers of the South Coast Fortification Technique Commission as particular buildings. These defensive constructions were constructed paying attention to their tactic situation, to their armour-plate and their engineering design. But, on the other hand, they didn't take too many care about it mimicry. Some few bunkers in La Linea de la Concepcion were designed inside civil buildings, but only one of them was planned as part of a recreative house in the shore of Algeciras Bay. That is the reason of this article.

Keywords: Pillbox, bunker, mimicry, camouflage, strait of Gibraltar Contemporary Fortified System, Strait's Wall

1. LA OBSERVACIÓN MILITAR DESDE EL AIRE

El desarrollo del arma aérea en la Gran Guerra cambió de manera determinante los planteamientos tácticos —e incluso estratégicos— de los estados mayores de todos los ejércitos pretendidamente modernos en las décadas siguientes. Hasta el punto de convertirse en el factor más determinante y decisorio de buena parte de las guerras que siguieron ensangrentando el mundo a partir de la era de los fascismos. Este principio no es de aplicación únicamente al terreno de los combates aéreos o de los ataques a objetivos terrestres o navales, sino también a otras actividades directamente relacionadas con la aviación militar, como son la propaganda, el transporte de tropas —paracaidistas o no— y de pertrechos y, muy especialmente para el caso que nos ocupa, las tareas de observación y localización de objetivos (Láminas 1 y 2).

El reconocimiento aéreo del campo enemigo desde globos aerostáticos se inició de manera muy temprana, ya a finales del siglo XVIII. Si el

primer vuelo tripulado está datado en octubre de 1783, en noviembre de 1792 se realizaron pruebas de dirección de tiro por un grupo de artilleros del Real Colegio de Artillería de Segovia bajo la dirección de Louis Proust y en presencia del rey Carlos IV de España. Esta primera aplicación con finalidad bélica del globo de observación está considerada como el nacimiento de la aerostación militar en el mundo.

Después fue empleado en las guerras francesas en Europa —finales del siglo XVIII—; en la de Secesión de los Estados Unidos —1861-1865— y en la de la Triple Alianza o del Paraguay —1864-1870—, ambas en América; en la franco-prusiana —1870-1871—, de nuevo europea; durante la expansión imperialista británica en África —entre 1884 y los albores del siglo XX—, desde el Protectorado de Bechuanalandia a la Segunda Guerra Bóer. Su despliegue casi mundial es significativo de su eficacia militar. Superaba con eficiencia las limitaciones que, para las tradicionales tareas de reconocimiento otorgadas a la caballería, estaban imponiendo las



Lámina 1. Casamata artillera de Gariguela (Gerona) camuflada como edificación rústica entre viñedos en la Línea Pirineos. 2017. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 2. Nido 140 camuflado en vivienda rural en la Travesía Norte de La Línea de la Concepción. Imagen de José M^a Moreno

nuevas armas automáticas, como la ametralladora inventada por Richard J. Gatling en 1861.

En la década final del siglo XIX, el conde Ferdinand von Zeppelin realizó ensayos con dirigibles —cargados de hidrógeno, como los

globos—, que pronto demostraron su utilidad militar, especialmente en la observación aérea.

A partir de la Primera Guerra Mundial, la incipiente aviación fue adquiriendo un protagonismo tan destacado en todo tipo de

misiones, que la praxis bélica hubo prácticamente de reinventarse.

2. MIMETISMO

Los objetivos terrestres empezaron a disimularse en el terreno a partir del Renacimiento. Las airosas y verticales estructuras de las fortificaciones medievales se convirtieron en blancos demasiado fáciles cuando el desarrollo de la artillería pirobalística permitió cañones potentes y precisos a la vez. Las murallas engrosaron, se hicieron ataluzadas y “enterraron”, es decir, crearon enormes fosos secos delante de ellas con defensas exteriores, todo lo cual permitía rebajar los perfiles que presentaban a las balas enemigas (Lámina 3). No servían para defender el interior de los enclaves fortificados del bombardeo parabólico de morteros y obuses, pero la artillería propia podía mantenerlos a tal distancia que su eficacia quedaba sensiblemente reducida. Pero todo cambió con el progreso de los mecanismos antes mencionados que permitía una eficiente observación aérea de los objetivos, sin mencionar el devastador efecto de las bombas lanzadas por los zeppelines y los primeros

biplanos alemanes Gotha G.V de casi cuatro toneladas, capaces de alcanzar el corazón de Inglaterra con sus proyectiles de 500 kg en 1917.

Este nuevo panorama retroalimentó la dinámica habitual de reacción defensiva frente a los avances militares ofensivos que siempre se han dado en la historia de la guerra. Y se produjo en tres aspectos esenciales: el desarrollo de las armas antiaéreas —basadas en tierra o naves o bien en forma de cazas interceptores—, la aplicación de cubiertas blindadas a los emplazamientos defensivos —como las casamatas artilleras modernas desde el siglo XIX— y la evolución de los camuflajes (Lámina 4). Estos dos últimos aspectos afectan de manera esencial al asunto objeto de este estudio. La voz “mimetismo” procede del término griego *mimetikós*, que significa “imitador, el que tiene la habilidad de imitar o remedar”; la voz “camuflaje” llega al español del italiano *camuffare*, originado en el latín *caput* —cabeza— y *muffare* —recubrir— y, ya directamente, del francés *camouflage*. Por ello se entiende la capacidad de disimular, dando a una cosa la apariencia de otra.

Ambas voces recogen una cualidad de la que habrán de disponer las fortificaciones



Lámina 3. Ciudadela de Bitche (Mosela, Francia) en 2012. Muros en talud y terraplenos de la fortificación abaluartada. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 4. Batería Merville en Normandía (Muralla del Atlántico, Francia) en 2012. Fijaciones para redes de mimetización. Imagen de Ángel Sáez

contemporáneas para pasar desapercibidas ante las nuevas amenazas a las que habían de enfrentarse (Lámina 5).

3. BLINDAJE

La potencia de las construcciones defensivas de piedra, hormigones —sea el tapial de cal o el hormigón de cemento Portland—, terraplenes forrados, etc., fue incrementándose paulatinamente conforme aumentaba la potencia destructiva de los artilugios desarrollados para perforarlas. De igual manera, las estructuras de protección pasiva hubieron de complicarse durante ese proceso, dotándose de techumbres cada vez más resistentes o haciéndose subterráneas. De tal línea evolutiva habrían de surgir la casamata —del italiano *casamatta*— como obra abovedada integrada o adosada en una fortificación mayor, y el blocao —del alemán *blockhaus*— exento, que evoluciona al fortín hormigonado en sus dos versiones principales en español: uno ligero para ametralladoras o “nido” (Anónimo, 1937; De Sequera, 2001; Schnell, 2005; Sáez Rodríguez, 2017) y otro más amplio para cañones, denominado de nuevo “casamata artillera” (Castellano, 2004; Schnell, 2005; Sáez Rodríguez, 2017).



Lámina 5. Mimetización de una casamata Todt bajo la representación de una casa. 1944. Las cuatro casamatas de la Batería Todt se localizan en el Cabo Gris-Nez (Paso de Calais, Francia). Archivo de Ángel Sáez

La obra *Nociones de la fortificación de campaña e ideas de la permanente* (Villalba, 1882: 4) explica que la fortificación de campaña “es la que se construye como mínimo en doce horas y como máximo en pocos días [y] su duración puede ser de meses”. Esa rapidez en su construcción las hacía especialmente débiles ante la artillería contraria, por lo que el Arma de Ingenieros del Ejército Español dictó una normativa al finalizar la guerra civil, que:

[...] resalta el escaso valor que han demostrado las obras de campaña durante las operaciones. Parece, por tanto, aconsejable el blindaje al menos de los puestos de ametralladoras y anticarro, máquina y los refugios con hormigón armado y con espesores mínimos de 1,30 m, por lo que no es exagerado equiparar dicha fortaleza a la de una línea que ha de tener un carácter definitivo, entrando, por tanto, en el concepto de fortificación permanente” (De Sequera, 2001: 153).

A partir de estas referencias, que habilitaba para que las obras más ligeras resistiesen impactos de artillería de 75 mm y las más potentes de 150 mm, se dispuso que la fortificación permanente dispondría de «muros de hormigón en masa y cubiertas con losa de hormigón armado» (De Sequera, 2001: 153).

Estas instrucciones se refieren a las obras a realizar en la Línea Pirineos, dictadas el 1 de febrero de 1939 por la Inspección de los Regimientos de Fortificación, anterior a la orden urgente con la que en mayo de ese año comenzó la fortificación del Campo de Gibraltar y que pudo servir de referencia normativa inmediata (Lámina 6). Este sistema fortificado fue ordenado por el Cuartel General de Franco, por vía de urgencia, en el mes de mayo de 1939, recién acabada la guerra civil española, y se conoce actualmente como la Muralla del Estrecho (Sáez Rodríguez, 2017: 105). El espionaje español en Gibraltar había interpretado —erróneamente— que el trasiego que se estaba produciendo de tropas y materiales bélicos anglo franceses tenía como

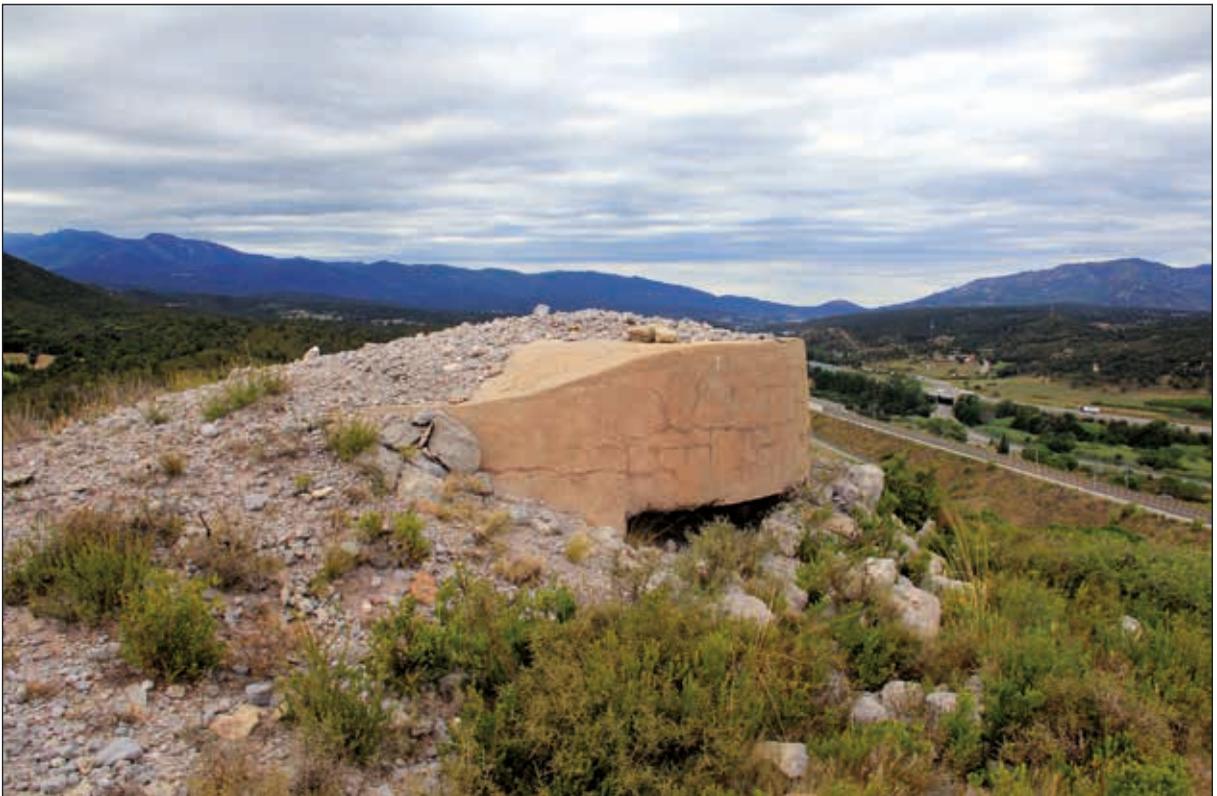


Lámina 6. Viure (cercañas de Junquera, Gerona) en la Línea Pirineos. 2017. Emplazamiento blindado con losa de 150 cm de espesor de hormigón armado en la techumbre. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 7. Fortín observatorio 107 de Sierra Carbonera (San Roque) en 2010. Se aprecia su parte trasera, con la galería de acceso. Dada su posición tan expuesta, cuenta con un techo de hormigón armado de 200 cm de espesor. Imagen de Ángel Sáez

destino la invasión de La Línea de la Concepción y sus inmediaciones, lo que desató una imparable reacción en cadena. Ante la imaginada amenaza aliada, debía establecerse un dispositivo defensivo “con toda urgencia” en “los accesos del peñón de Gibraltar a La Línea cortando las carreteras en tres puntos con muros de cemento y piedra (...) en evitación de una sorpresa” (Franco, 1939).

Se inició de inmediato, con obras de campaña que sin solución de continuidad se convirtieron en otras permanentes, que en su mayor parte han llegado hasta nuestros días.

Entre ellas, las más espectaculares son las de tipo bloque, pero las que cuentan con un blindaje más potente son los observatorios artilleros. Son muy numerosos en la cresta y en la ladera sur de Sierra Carbonera, así como en las colinas al sur de San Roque. Dotados de aparatos de medición precisa y objetiva, habían de ser los “ojos” del mando para dirigir el fuego de la masa artillera de retaguardia en el caso de una ofensiva aliada desde Gibraltar. Aunque para cumplir tal misión, debían emplazarse en posición prominente, lo que los hacía fácilmente localizables y por ello

requerían de un blindaje excepcional de hasta dos metros de espesor (Lámina 7).

4. CAMUFLAJE Y BLINDAJE EN LA MURALLA DEL ESTRECHO

Las técnicas de camuflaje aplicadas a las estructuras defensivas blindadas fueron básicamente las mismas que se aplicaron para disimular en el terreno circundante a vehículos, cañones, refugios o tropas, y ocultarlos a la detección del enemigo: pintura con diseños disruptivos multicolores o recubrimiento con redes o vegetación, principalmente. Las técnicas de enmascaramiento de las obras de la Muralla del Estrecho se encuadran en la tipología establecida para la *West Wall* por Zaloga (2005: 13), que básicamente se refiere a la adaptación topográfica, el camuflaje con pintura y texturas, la aplicación de redes y el disfraz en edificaciones civiles.

Los fortines del sur de Andalucía adoptaron dos esquemas constructivos principales: el de “obra en caverna”, cuando la construcción se situaba adosada o empotrada en un terreno escarpado o acantilado; o bien el de “obra acasamatada”,

cuando la fortificación se ubica en un terreno llano y abierto, principalmente playas rasas o crestas montañosas. En tales casos, quedaban al descubierto y, por tanto, siempre se había de procurar que sobresaliesen lo menos posible (A.R.M.S., 1943).

En términos de clasificación los elementos fortificados se consideran miméticos cuando recurren al camuflaje mediante elementos naturales, como una capa vegetal del mismo tipo del terreno circundante, o artificiales, mediante el aprovechamiento de construcciones anteriores o forrado imitando otros tipos de construcciones a modo de disfraz. Se califican como no miméticas cuando se muestran desnudas, bastándoles su situación, su implantación y sus características formales y constructivas para garantizarles un cierto enmascaramiento (Sáez *et al.*, 2014: 315-334).

Las *Instrucciones para el establecimiento de posiciones enmascaradas y normas a seguir en el ataque a las mismas* dictadas por el Cuartel General del Generalísimo el 13 de enero de 1937 habían insistido en la necesidad del enmascaramiento propio de estas obras, “aprovechando matojos o árboles para disimularse y, si no los hay, adornándose con ramajes”.

Las instrucciones que posteriormente dictó la Jefatura de Ingenieros para la construcción de los fortines del sistema de defensa contemporáneo del Campo de Gibraltar se refieren al camuflaje en relación con la altura de las obras, indicando que fuesen lo menos prominentes posibles, además de recomendar detalles tales como matar las aristas con arena o recubrir, en ciertos casos, con adoquines.

No obstante, se han podido comprobar otras técnicas de camuflaje en los fortines de esta zona, según se detalla a continuación. Una de ellas consiste en el añadido de piedras en el borde delantero de las techumbres para desdibujar las contundentes siluetas de las cúpulas hormigonadas. Otra, vinculada a la anterior, conformaba un cerco que retuviese tierra vegetal sobre el fortín, permitiendo el crecimiento de vegetación natural que contribuyese a su mimetismo. A veces, simplemente se recurría al recubrimiento con adoquines, por más que este recurso tenía una finalidad principal de reforzar

los blindajes. Finalmente, se ha constatado cómo en la puesta en obra era frecuente que se añadiesen a los muros laterales de algunos fortines unos muretes de piedra tomadas groseramente con cemento, de dos metros de longitud y decrecientes en altura, desde un metro en el contacto con el fortín hasta el nivel del suelo. Estos pretendían suavizar los perfiles laterales de la silueta de estas construcciones, que sobresalen de manera muy evidente en los cerros frecuentemente desforestados en los que se encuentran, sirviendo asimismo como aterrazamiento del terreno para el desarrollo de plantas silvestres (Láminas 8 y 9). El enmascaramiento de posiciones blindadas en espacios urbanos recurría a dos técnicas principalmente: una consistía en insertar el búnker en edificios preexistentes o darle la apariencia de vivienda; otra, en pintar los paramentos de hormigón simulando construcciones civiles. Este recurso estuvo ampliamente extendido entre los sistemas fortificados europeos de la etapa de entreguerras, como la Línea Sigfrido o *West Wall* (Short, 2004: 20). Obras contemporáneas de las campogibaltareñas se localizan en los Pirineos, con púas de alambre que pretendían conseguir la fijación de tierra sobre las techumbres, así como empleando el enmascaramiento de las superficies de hormigón mediante la imitación de mampostería encintada (Sáez García, 2010: 80).

La localización de fortines enemigos mediante la observación desde aeroplanos no se efectuaba únicamente mediante la identificación directa de los mismos, reconociendo su imagen en planta. Cuando se empleaba con destreza la técnica de su integración en el paisaje, sin el añadido de redes de camuflaje ni otro tipo de recursos, el reconocimiento de las estructuras hormigonadas resultaba casi imposible. Pero podían desvelarlas sus sombras (Kaufmann y Jurga, 2007). Incluso las mejor integradas en el terreno disponían de paramentos verticales en los que se situaban los accesos y emplazamientos para armas automáticas para la defensa inmediata, lo que podía proyectar sombras deladoras para las entrenadas miradas de los observadores aéreos (Lámina 10). En muy numerosos casos de emplazamiento de fortines en llanuras costeras, este problema era letal si el enemigo disponía de aviones de ataque al suelo (Lámina 11).



Lámina 8. Fortín observatorio 225 del Cortijo de Torres (San Roque) en 2009. Dispone de muretes de piedra en los flancos para desdibujar la silueta de la construcción y permitir el desarrollo de plantas silvestres. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 9. Fortín observatorio 227, cercano al anterior y con la misma solución constructiva para facilitar su mimetismo en el terreno circundante. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 10. Posición fortificada Hillman en Colleville-Montgomery, Normandía (Muralla del Atlántico, Francia). 2014. El búnker es invisible, salvo que el observador aéreo reconozca la estructura de acceso al complejo subterráneo. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 11. Fortín de la Punta del Boquerón (San Fernando, Cádiz). 2017. Los contundentes volúmenes de la obra no pueden disimularse en un entorno completamente llano. Imagen de Jorge Pérez Fresquet

5. “LA CASA FORTIFICADA”

En el del Sistema Fortificado Contemporáneo del estrecho de Gibraltar no fue usual el recurso al mimetismo por integración en edificaciones civiles, aunque se dieron algunos casos. Aquí hemos de referirnos a uno especialmente atractivo. Corresponde al nido de ametralladoras 175b de la playa de Guadarranque —San Roque— (Lámina 12), señalado en Obra V en el *Proyecto de construcción de diversos puestos de vigilancia en las playas desde Guadiaro a la Atunara y desde Guadarranque a Torre Almirante* (A.R.M.S., 1943: 6). Esta obra es de las pocas que disponen de apelativo popular específico de las que han sobrevivido al desarrollo urbanístico, a la desidia de las autoridades responsables de su mantenimiento y a los actos vandálicos de ciudadanos ignorantes e insensibles. Ese apelativo de “la casa fortificada” resulta sumamente descriptivo, toda vez que los restantes fortines de su entorno eran obras militares tanto en aspecto como en funcionalidad. En nuestro caso, la doble cámara blindada para ametralladoras se diseñó inscrita en una construcción de apariencia civil, situada a pie de playa, en la orilla norte de la bahía de Algeciras (Lámina 13). Este espacio costero ha quedado profundamente alterado con la instalación del polo químico de

Guadarranque y la construcción de la carretera que bordea las instalaciones de la refinería de Gibraltar-San Roque. El recrecimiento con una escollera del talud de la calzada ha colmatado las inmediaciones del edificio, integrándolo en el somero acantilado costero (Lámina 14).

La pequeña fortificación de hormigón armado simulaba una vivienda de una sola planta, con 12 m de frente por 6,5 m de fondo, coronada por la azotea con balaustrada perimetral. Parecía estar orientada al mar, hacia el sur, con una fachada principal compuesta por una puerta centrada, flanqueada por dos ventanas. Un pequeño patín delantero, con doble escalera de tres peldaños y descansillo, simulaba el acceso a la playa (Lámina 15). Pero todos esos vanos eran ficticios, dado que encubrían un muro macizo de hormigón armado de 1,5 m de espesor.

Es curioso observar cómo la descripción de la fachada principal que hemos realizado, la que corresponde al plano delineado por los ingenieros de la Comisión Técnica de Fortificación de la Costa Sur, sita en San Roque, no se correspondió con su ejecución material. El análisis de los vestigios conservados permite comprobar que el aspecto de la supuesta vivienda tenía cuatro y no dos ventanas, repitiéndose un fenómeno muy habitual, como era el incumplimiento de

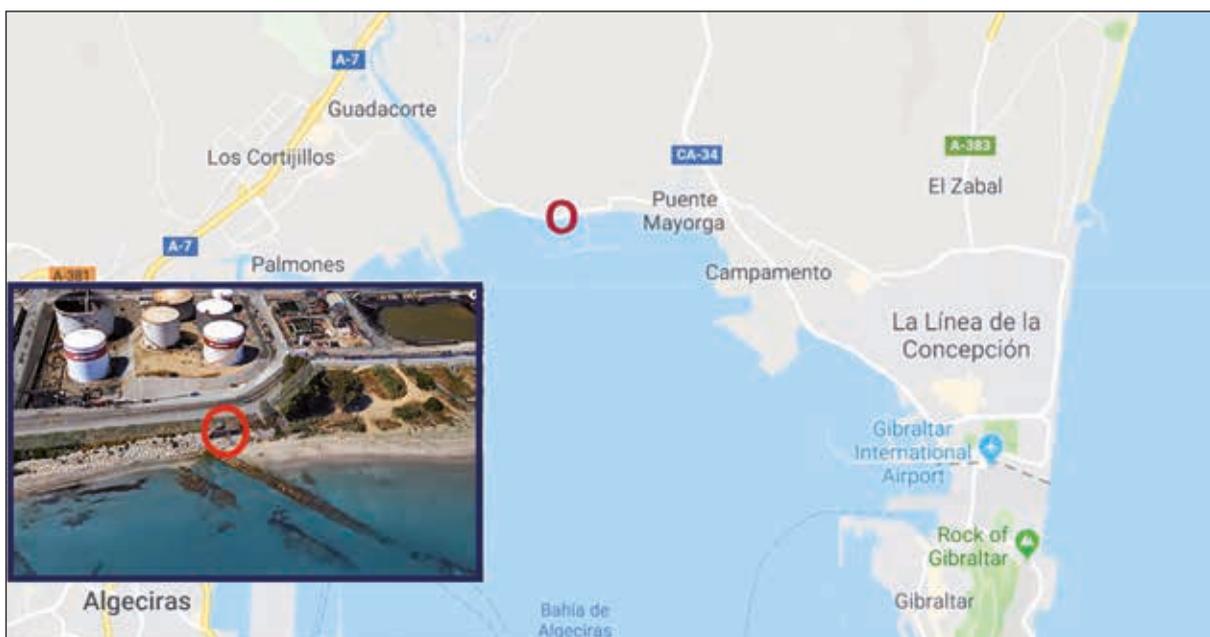


Lámina 12. Localización del fortín 175b/Obra V en la orilla norte de la bahía de Algeciras, señalado con círculos rojos



Lámina 13. Nido de ametralladoras 175b/Obra V de la playa de Guadarranque (San Roque), en la orilla norte de la bahía de Algeciras en 2010, bajo el talud de la carretera que circunda la refinería. Imagen de Ángel Sáez



Lámina 14. El mismo fortín 175b/Obra V en 2017, con la escollera aplicada para estabilizar el talud de la carretera. Imagen de Ángel Sáez

los diseños ingenieriles a la hora de su puesta en obra en este sistema fortificado. El esquema de puerta y cuatro ventanas era el previsto para la fachada trasera de la casa, orientada hacia el norte (Lámina 16), cuyo nivel de uso se encontraba en los años cuarenta a una cota sensiblemente inferior a la actual, definida por la carretera que circunvala el recinto petroquímico. Aquí estaba el acceso real al fortín, mediante una galería con dos quiebros, enfilada desde el interior por una pequeña aspillera para fusil. Desembocaba en la estancia central de la edificación, único espacio aprovechable como alojamiento, a modo de refugio. A ambos lados de este, en los extremos norte y sur de la edificación, se ubicaron los dos nidos de ametralladoras. Cada uno disponía de una aspillera escalonada y orientada hacia las playas adyacentes, así como de un tablero de obra conformando el suelo de la cámara de combate para disponer de manera holgada el trípode del arma automática. El espacio libre debajo de la plataforma de uso era destinado al almacenamiento de municiones (Lámina 17). Ambas cámaras de combate quedaban separadas del espacio central del edificio mediante dos pares de muros que conformaban accesos quebrados,

de manera que pudiesen interceptar cualquier proyectil que pudiera penetrar por las aspilleras.

La techumbre del fortín tiene 1,5 m de espesor, fue recubierto de una capa de adoquín y todo ello, a su vez, por la azotea.

Hemos de destacar que el fortín fue delineado para quedar inserto en el interior de una vivienda preexistente. En este dato coinciden las fuentes orales que hemos consultado y el propio diseño del fortín, que rompe la distribución interior original y ciega los vanos de acceso y ventilación de la casa.

Durante su ejecución se le añadió una tercera aspillera, en posición central y en la fachada costera del edificio, a la que no se le construyó el habitual tablero de base para el apoyo de la ametralladora.

6. EL CONTEXTO ARQUEOLÓGICO

Nuestro informante, Carlos Gómez de Avellaneda Martín, sirvió como alférez del Regimiento de Pavía en 1942 al mando de un grupo de fortines anticarro del centro de resistencia C, dentro del Subsector I, en Guadarranque, entre los que se encontraba el nido triple que ahora centra nuestra atención. Poco después fue destinado

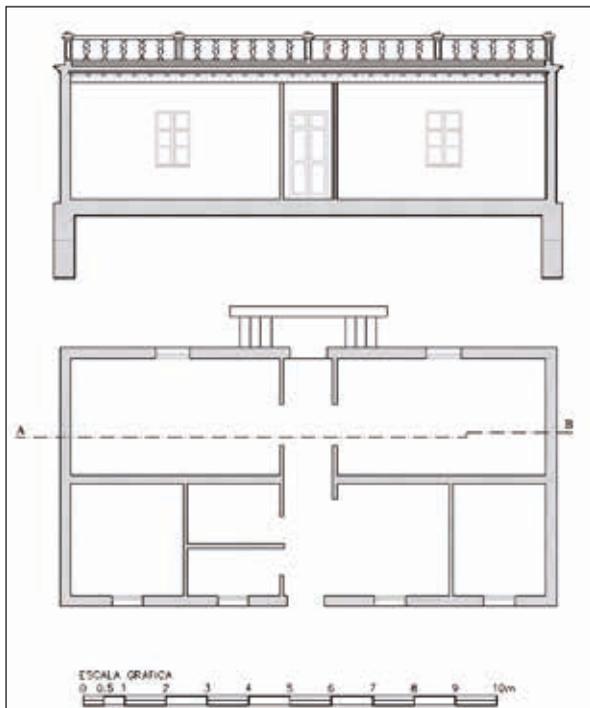


Lámina 15. Delineación del fortín 175b/Obra V en 2014.
Imagen de Salvador García Villalobos

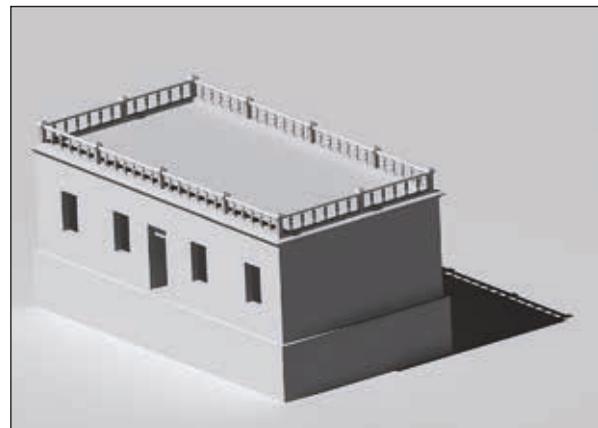


Lámina 16. Reconstrucción 3D de la fachada trasera, orientada tierra adentro, del fortín 175b/Obra V en 2014.
Imagen de Salvador García Villalobos

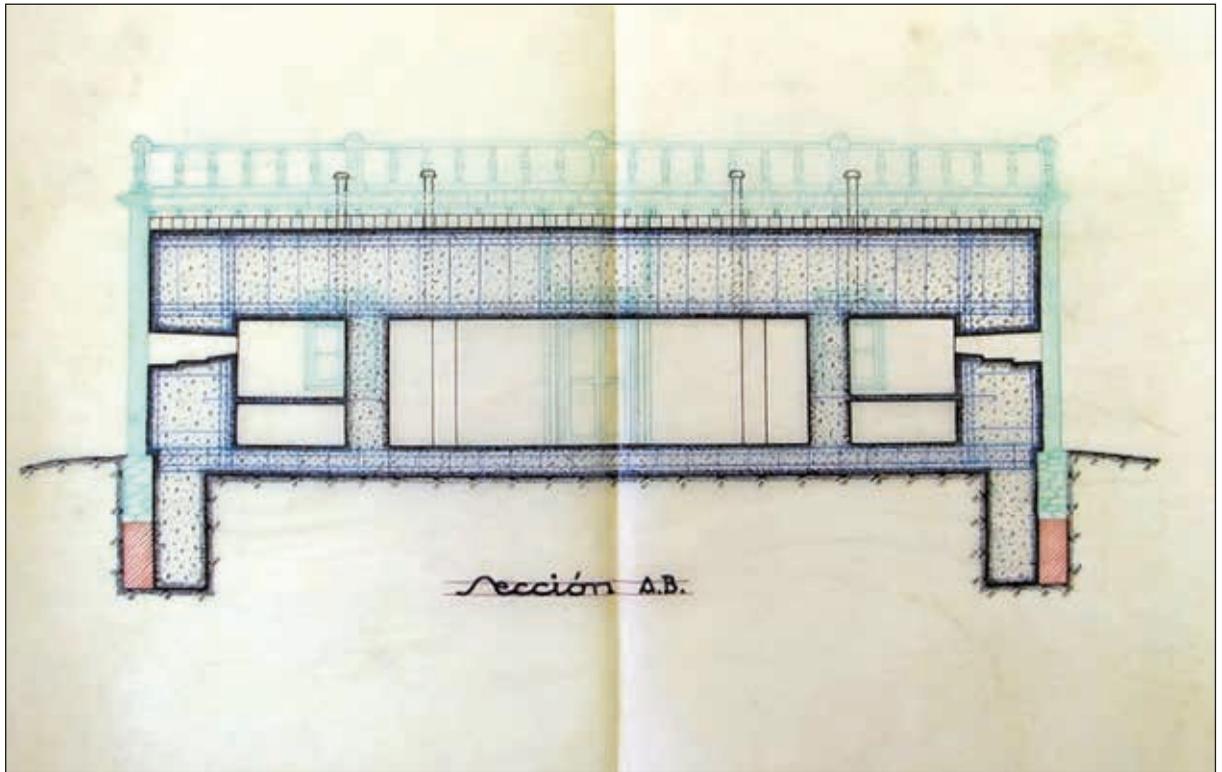


Lámina 17. Sección este-oeste del fortín inserto en la vivienda. 1943. Comisión Técnica de Fortificación de la Costa Sur. AGMAV

al Gobierno Militar del Campo de Gibraltar, la antigua Comandancia General, en la sección de Cartografía del Estado Mayor, desde donde participó en la asignación de emplazamientos exactos de los fortines diseñados en una instancia superior. Él los designaba con los términos “fortines” o “nidos”, a pesar de que en los proyectos ingenieriles que manejaba se citaban como “obras” o “elementos”, aunque nunca por el barbarismo “búnker”.

El señor Gómez de Avellaneda siempre refirió el fortín 175b de la playa de Guadarranque con la denominación con la que era conocido en los años del despliegue militar español en la zona: “la casa fortificada”, sin utilizar otra variante. Y certificó, claramente, que la fortificación se había realizado por el interior, manteniendo la fachada primitiva como enmascaramiento.

La casa perteneció a una conocida familia de Algeciras, los Ramos Argüelles. En 1927, su propietario, Evaristo Ramos Cadenas, habría encontrado en sus jardines algunos restos romanos y un sarcófago de mármol. Con el establecimiento de la línea fortificada de la

Muralla del Estrecho, la magnífica pieza de los siglos III-IV d. C. fue trasladada y depositada para su custodia en el museo de Cádiz, donde hoy se encuentra bajo la referencia CE04877 (Ramos, 1989: 19). Algunos insignes estudiosos de la época clásica del Campo de Gibraltar relacionan el hallazgo con una necrópolis e incluso una basílica. A consecuencia de las obras de la refinería, se perdió la memoria de su emplazamiento, pero la identificación de la vivienda puede volver a poner en la pista de la ubicación de un yacimiento de capital importancia.

7. CONCLUSIONES

Este trabajo recoge los siguientes aspectos destacables, novedosos o poco divulgados:

Se trata de uno de los escasísimos ejemplos de fortines blindados del sistema de la II Guerra Mundial inscritos en construcción civil que se encuentran completamente documentados desde sus fuentes archivísticas e incuestionablemente identificadas con vestigios actuales.

El trabajo se centra en aspectos historiográficos, ingenieriles y estéticos, toda vez que el recurso a

la mimetización de una obra militar en forma de vivienda popular costera resulta extraordinario entre los miles de ejemplos levantados en la España de la posguerra civil.

Se aborda una perspectiva novedosa de este tipo de construcciones, cual es su integración en el paisaje cultural contemporáneo del Campo de Gibraltar.

Finalmente, podríamos estar desvelando la localización de un yacimiento arqueológico importante del ámbito de las necrópolis de los primeros siglos de nuestra era. ■

8. BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. AGMAV (1937). *Fortificación de campaña. Nido de ametralladoras, sección. 3ª* División de Fortificaciones. 2º Cuerpo de Ejército. Reinosa.
- A.R.M.S. (1943). *Proyecto de construcción de diversos puestos de vigilancia en las playas desde Guadiaro a la Atunara y desde Guadarranque a Torre Almirante*. Comisión Técnica de Fortificación de la Costa Sur, San Roque, 27 de septiembre de 1943.
- Castellano Ruiz de la Torre, R. (2004). *Los restos del asedio: fortificaciones de la Guerra Civil en el frente de Madrid*. Ejército Nacional. Madrid: Almena Ediciones.
- Kaufmann, J. E. y Jurga, R. M. (2007). *Fortress Third Reich. German fortifications and defense systems in World War II*. Cambridge.
- Franco, F. (1 de mayo de 1939). AGMAV, C. 1296, Cp. 28, D. 2/2. Copia de un telegrama cifrado del Generalísimo al General Jefe del Ejército del Sur.
- Ramos Argüelles, A. (1989). *Recuerdos de mi infancia y juventud (1930-1950). Impresiones del hijo de un republicano fusilado*. Algeciras.
- Sáez García, J. A. (2008). “La fortificación ‘Vallespín’ en el Alto de Gaintxuri-zketa (Guipúzcoa)”. *Bilduma: Revista del Servicio de Archivo del Ayuntamiento de Errenteria* (21), pp. 203-259.
- Sáez Rodríguez, Á. J. (2011). “España ante la II Guerra Mundial. El sistema defensivo contemporáneo del Campo de Gibraltar”, *Revista de Historia Actual Online HAOL* (24), pp. 29-38.
- Sáez Rodríguez, Á. J. (2017). *La Muralla del Estrecho. Nidos y fortines frente a los aliados*. 2ª Edición Ampliada. Algeciras: Editorial Los Pinos DyC.
- Sáez Rodríguez, Á. J.; Gurriarán Daza, P. y Escudra Sánchez, A. (2006). *Catálogo de los búnkeres del Campo de Gibraltar. Redacción de documentación para la catalogación de elementos defensivos del siglo XX en el área del estrecho de Gibraltar*. Cádiz: Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía.
- Sáez Rodríguez, Á. J.; Gurriarán Daza, P. y García Villalobos, S. (2014). “El sistema de defensa del Campo de Gibraltar. Una aproximación a su tipología”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (41). Algeciras: IECG, pp. 315-334.
- Schnell Quiertant, P. (2005). “Fortificación de la Guerra Civil en la sierra de la Comunidad de Madrid”. *Castillos de España* (137-138-139). Madrid, pp. 91-100.
- Sequera Martínez, L. de (2001). *Historia de la fortificación española en el siglo XX*. Salamanca: Caja Duero.
- Short, N. (2004). *Germany's West Wall. The Siegfried Line*. Fortress (15). Oxford-Nueva York: Osprey publishing.
- Villalba y Riquelme, J. (1882). *Nociones de la fortificación de campaña e ideas de la permanente*. Edición facsímil (2001). Valladolid: Editorial Maxtor.

Ángel J. Sáez Rodríguez

Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Consejero de Número de la Sección 1ª del Instituto de Estudios Campogibaltareños

Cómo citar este artículo:

Ángel J. Sáez Rodríguez (2020). “Un chalé con vistas”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (53), noviembre 2020. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 73-86
